

MAESTRO y AMIGO

Por Ricardo Villacieros

Como alumno contaré mi experiencia con el MAESTRO Antonio Oliva.



Con él mantuve una relación muy especial que perduró más de 50 años, y que creó un vínculo profundo dejando una huella imborrable en mi vida.

El Maestro se ha ido. Hoy siento su ausencia más que nunca; hago un ejercicio de memoria para darme cuenta de todo lo que me aportó.

Le debo todo en el mundo del karate, no sólo lo que me enseñó sino el haberme mostrado donde buscar. Me regaló la libertad de elegir, de construir mi propio camino para crecer y

superarme. Me formó no solo como alumno, sino también como persona.

Conservo con cariño sus sabios consejos, pero si tuviera que destacar algunos serían:

“Mantén siempre la actitud de un cinturón blanco cuando asistas a entrenamientos, cursos, seminarios,... ponlo en práctica y, después, decide lo que guardas”.

“Lo que funciona, aunque no tenga una ejecución perfecta, si es válido, poténcialo”.



Aunque estos consejos se refieren al karate, han guiado mis pasos en mi vida diaria.

Era una persona absolutamente entregada a su profesión; la vivía y la amaba con una dedicación y responsabilidad tal que lo empujaban siempre a ir más allá.

Su pasión lo llevó a investigar con un rigor científico, rodeándose de grandes profesionales, no solo en el mundo del karate sino también de otras disciplinas como la psicología, la biomecánica, etc. Era capaz de traducir con claridad, de forma metódica, todo lo que sucedía en el combate. Su mente creativa no se conformaba con lo que veía, sentía la necesidad de dar forma a esas situaciones, diferenciando cada técnica, cada acción. Y así, a través del análisis en video desgranaba cada detalle, cada movimiento, para luego entrenarlos de forma precisa y

separada. Su capacidad de observación y crear lo hacían único.

Durante un tiempo lideré un equipo compuesto por cinco personas, donde cada uno sabía exactamente qué debía analizar de cada competidor. Al principio había muchas dudas; Cuando se trataba de nombrar las diferentes acciones y técnicas, él estaba ahí, para definir y aclarar con su visión el nombre; gracias a su asombrosa creatividad y capacidad de simplificar lo complejo de cada situación conseguimos definir cada término. Su pasión por la investigación lo impulsaba a seguir adelante.

En mi opinión, dejó de entrenarnos demasiado pronto, también tengo que decir que siempre hacía lo que fuera necesario para asegurarse de que tuviéramos el apoyo que necesitábamos. Si era preciso traía a buenos





especialistas (de kata y kihon), lo hacía sin dudar y garantizando nuestro aprendizaje.

Como Maestro y entrenador era firme y exigente; se hacía entender en lo que quería conseguir de nosotros. Nos lo demostraba ejecutándolo y lo complementaba con explicaciones claras; Potenciando nuestras cualidades y habilidades.

Antonio Oliva era gran MAESTRO y fue más que un amigo: eso lo demostraba en nuestras largas charlas, a menudo acompañadas de un café o paseo.

Cuando regresaba a casa después de difundir su conocimiento por el mundo, nuestra conversación siempre comenzaba con un “Ricardo, ¿qué tal estás? ¿La familia? ¿La huerta?”, para continuar hablando del karate. Siempre me preguntaba por el karate madrileño, para luego contarme de dónde venía, lo que había visto en sus viajes y cómo percibía el karate a nivel internacional. Mientras tomábamos ese café, solía decirme: “Hay que dar un entrenamiento a los chavales”. Lo hacía

encantado, y mis alumnos lo recibían con entusiasmo, siempre pidiendo que volviera. Los entrenamientos eran excelentes, pero lo que realmente atesorábamos era la conversación en el bar, compartiendo cervezas y risas. Esos momentos eran de un gran nivel, llenos de anécdotas y aprendizajes, y siempre los recordaré con una profunda nostalgia.

Ahora valoro aún más esas conversaciones que nunca se volverán a repetir.

Recuerdo un momento, hace unos 20 años, en el que noté que algo había cambiado en él; a pesar de su esfuerzo, ya no lograba entenderle del todo. A veces, en medio de nuestras charlas, caminábamos en silencio; sospecho que en esos momentos guardaba silencio, buscando las palabras justas para que pudiera comprenderlo. Hoy sé que él estaba en otro Nivel, moviéndose en esa dimensión que reflejaba su crecimiento y enriquecimiento personal

Me gusta pensar que encontró el Dō, o al menos estaba en camino de hallarlo.

Un día me llamó y me dijo que en el último café que tomamos notó que yo buscaba algo. Entonces, me hizo un regalo; creo que me dio la llave para entender al Maestro más allá del karate, en un estado, como menciona en su libro, "Supremo". Ahora, al releer su obra, ¿me pregunto... se debió a su hallazgo del Dō?

Qué confianza tendría en sí mismo para plasmar en ese libro su esencia; una esencia que irradiaba paz, amor, coherencia y amistad. Vivía su trabajo, sentía lo que hacía, lo amaba y se entregaba a ello de tal forma que cualquiera que estaba a su lado se inundaba de su energía.

En una de nuestras últimas conversaciones telefónicas, me dijo que le otorgaban el décimo dan, un reconocimiento a una vida dedicada al karate. Este grado no solo simboliza habilidades técnicas sino también un profundo compromiso y entrega a la filosofía de este arte marcial. Me comentó su deseo de que asistiera a la ceremonia. Durante esa charla le mencioné que había leído el libro que me

recomendó y que deseaba comentarlo con él pero necesitaba hacer una segunda lectura. Su respuesta, llena de entusiasmo, fue: "Me encantaría, yo lo leí diecisiete veces". Quedamos en dar un paseo por la Dehesa de la Villa en cuanto tuviéramos la oportunidad, pero lamentablemente, nunca llegó.

Ya no podré conversar ni exponer mis preguntas al Maestro; ya no está.

Ahora, esos momentos quedan grabados en mi memoria, llenos de nostalgia y gratitud por todo lo que compartimos.

Mientras reflexiono sobre todo lo que compartimos, siento que su legado vive, su sabiduría, su pasión y su espíritu me acompañarán siempre, guiándome en este camino que él me enseñó a recorrer.

No solo era mi Maestro y más que un amigo, sino que es, y siempre será, El MAESTRO.

Ricardo Villacieros.

